

45 159

ARTE Y LETRAS

Tomo II, N.º 1—Director: Pelayo Vizuetes—6 Enero. 1901



G. Linden.—Nuestra abuela.

DE FUERA

Ninguna novedad literaria de estos días tiene, y difícilmente podría tener, la importancia que *reviste* (como no diría el autor de que voy á hablar) la publicación emprendida por *La Revue Blanche*, de una novela inédita de Gustavo Flaubert!

He leído la noticia con asombro, y, á decir la verdad, con cierta pena. ¿Pena por conocer algo inédito del gran maestro? No. Pena por la sospecha de que la curiosidad del público va á saciarse esta vez acaso con violencia de la que pudiera presumirse voluntad *póstuma* del impecable estilista.

Ignoro si Flaubert dejó escrito algo, con ó sin solemnidad testamentaria, respecto de su voluntad en punto á que se publicaran ó no manuscritos suyos de los que no fueron comprendidos en la edición definitiva—*nec varietur*—de sus *Obras completas*, que nos dió en ocho tomos la casa Quantin en 1885.

No pongo yo, en tela de juicio, es claro, la legitimidad legal con que *La Revue Blanche* publica una novela que escribió Flaubert á los diez y siete años, dicen, y que él no quiso dar á luz en vida, ni se incluyó entre las *Misceláneas inéditas* de las obras completas, *invariables* (edición *nec varietur*). Lo que es permitido dudar, si no hay documentos que prueben otra cosa, es si se cumple bien con el deseo probable de Flaubert dando al público un trabajo de adolescente que no fué incluido ni en los libros publicados en vida del autor, ni entre los trabajos de la *juventud* é inéditos que, muerto él, dieron á luz sus editores, con autorización de los herederos.

Flaubert dejó todos sus manuscritos á Mme. Commanville, su sobrina; y amigos y herederos, en la edición definitiva, nos dieron, además de las obras célebres del autor, su teatro, de mediano éxito en las tablas, en la parte que llegó á ellas; con más, las *Misceláneas* y obras inéditas, que forman, con los *Tres cuentos*, el tomo VI, y son: además de un Prefacio á las canciones de Bouilhet, *Lettre á la municipalité de Rouen*, *Par les champs et par les grèves*, *La danse des morts*, *Novembre*, *Rabelais*, *Smarh*, *A bord de la Cange*.

Y nada más. La novela *Memorias de un loco* ni se publica, ni se cita.

Más hay. Anuncian los editores de las *Obras completas* que publicarán la *Correspondencia* del autor con el título de *Obras póstumas*. Y no anuncian la novela de los diez y siete años. Pero pasan quince, y ahora...

Hay que recordar lo que sabemos de las ideas y de la conducta de Flaubert respecto á la producción literaria. Por algo de lo que él mismo dice, por ejemplo, en sus cartas á Jorge Sand, y más por lo que nos han contado amigos suyos, principalmente Máximo de Camp, Zola, Maupassant, sabemos que el autor de *Solammba* aspiró siempre á la perfección; no tenía prisa de publicar, y prefería acumular, ciencia, experiencia, madre del buen gusto, á lograr una prematura celebridad. Todas las conjeturas que podemos fundar en su carácter y en sus actos y palabras deben inclinarnos á creer que no daba gran valor á los ensayos de adolescente ni quería *responder* de ellos ante el público. Era de los que se entusiasman más con lo que está por hacer ó en el telar, que con lo hecho ya y admitido por los lectores. Se sabe que hasta llegó á molestarle la inmensa gloria que debió á *Madame Bovary*, *ce bouquin*, como él decía con relativo menosprecio; gloria que hubiera querido ver repartida equitativamente con otras obras suyas, muy buenas, pero menos famosas.

No he visto las explicaciones que supongo que se darán para justificar la publicación de una novela de Flaubert, escrita á los diez y siete años; pero dudo que puedan aclarar todas las dudas referentes á la oportunidad del acto. Creo, repito, que legalmente no habrá nada que oponer; pero no basta eso.

No sólo no figura *Memorias de un loco* entre las obras inéditas publicadas por Quantin en el tomo VI, sino que ni siquiera aparece en la lista general de los manuscritos. Comprende ésta cinco opúsculos históricos, dos de viajes, tres dramáticos, tres de crítica, cuatro de variedades, y doce, nada menos, de novelas y cuentos. *La peste en Florencia* (1836), escrito, según la cuenta, á los quince años.—*Rabia é impotencia* (1836).—*La mujer de mundo* (1836).—*Bibliomanía*, cuento (1836).—*Un perfume* (1836).—*Sueño infernal* (1837).—*Pasión y virtud* (terminado) (1837).—*La danza de los muertos* (terminado) (1838).—De este año se dice que es *Memorias de un loco*, que no aparece en la lista. ¿Será *La danza de los muertos*, con otro nombre? No es probable. Y siguen: *Los funerales del doctor Mathurin* (1839).—*Noviembre* (1842) (terminado).—*Ebrio y muerto* (1843).—*La educación sentimental* (sin relación con la célebre novela del mismo nombre, publicada).

Es extraño todo esto. ¿Cómo no figura la novela póstuma que se publica, en el número

de los manuscritos? Si es uno de ellos con otro nombre, ¿por qué se le ha cambiado?

Para concluir; el corresponsal en París de *El Liberal*, que es de quien tomo la noticia que vengo comentando, también nos habla de una obra de Flaubert, publicada..., de que nadie sabía. Dice el corresponsal que él conoce su Flaubert.

El suyo será quien escribió esa *Salomé*. Porque el Flaubert de todos los demás no tiene tal *Salomé*, sino un cuento titulado *Herodías*, que no es precisamente lo mismo.

También asegura el corresponsal, bajo su palabra, que *La leyenda de San Julián* (el hospitalario, añadió Flaubert), es la obra maestra del maestro.

¿Qué diría, si leyese esto, Zola, que entusiasta de Flaubert, habla de los tres cuentos (uno de ellos *La Leyenda*) con relativa frialdad?

A mi ver, el tal cuento es, en efecto una joya; pero es gana de decir algo nuevo asegurar que eso es lo mejor de quien escribió *Solammba* y *Madame Bovary*.

Sea como quiera, procuraré leer la novela póstuma que publica *La Revue Blanche* y hablaré de ella en estas crónicas.

**

He nombrado á Zola. Acaba de rechazar la amnistía. Escribe novelas y vive la suya. Escribe los cuatro evangelios y prepara, á su modo, el quinto. Mateo (*Fecundidad*); Lucas (*Trabajo*); luego Marcos y Juan... y Emilio. No le impide la tenaz defensa de la inocencia de Dreyfus, trabajar como un peón, con la fe en el esfuerzo nuestro de cada día. «Dos horas de trabajo al día, llenan el mundo», hace decir á Jordán en *Travail*.

Zola no pasa, digan lo que quieran sus enemigos personales y sus enemigos de secta. Hace poco se volvió á representar el drama sacado del célebre *Assommoir* en el teatro de la Porte-Saint Martin. *L'Assommoir*, en suma, el alcohol... no está anticuado. Decirle al pobre pueblo que se está envenenando, sigue siendo de actualidad.

Se queja Berenger de que son burgueses y no obreros los que van á ver el drama de Zola.

El pueblo—dice—no va á *L'Assommoir*, como no va á las Universidades populares.

No importa, ya irá; hay que insistir. La pedagogía social, como hoy se llama, es el elemento más importante de la solución histórica, relativa, del gran problema que hoy preocupa á los pueblos. Inglaterra—la buena, la que no mata boers,—tiene fe en la Universidad popular; díganlo instituciones como la que en el barrio del Este de Londres propaga la cultura, el arte, la moralidad. *Toynbee Hall* debe ser ejemplo animador para todos los países en que quieran los obreros-burgueses, los intelectuales, hacer algo positivo, práctico, por la educación, el buen gusto y el recreo de los miserables.

Y el teatro puede, sí, colaborar en esta obra redentora. Yo he notado siempre que al pueblo le encantan los artificios de la escena. ¡Con qué buena fe acude á la cazuela, al paraíso!

De esto puede sacarse mucho partido.

Bien lo ha echado de ver Mauricio Pottecher, de quien el mismo Berenger habla, el autor del libro *El teatro del pueblo*, y, lo que importa más, creador del teatro popular de los Vosgos. Pottecher ha construido su teatro, como un Wagner, y él escribe las tragedias y comedias rurales que allí se representan. Combate el alcoholismo, la codicia, todos los defectos del obrero de la fábrica y del campo.

Por acá, no quiere la gente ir al teatro de ideas, de unos pocos, al cual pertenece, por lo visto, la última obra de Ibsen: *Cuando resucitemos de entre los muertos*; ni al teatro pedagógico, popular. ¡Nuestro público no quiere aprender, corregirse en el teatro!

¿Qué quiere? ¿Género chico? Ya, ni eso. Ya le aburren los chulos... Buena ocasión para insistir en el teatro ejemplar.

GLARIN.





CARTAS DE DICIEMBRE

I

(Del día 20).

«Querido amigo Juan: El lunes próximo,
día de Nochebuena,
tendremos villancicos en mi casa
(Tribulete, cincuenta),
si el tiempo no lo impide; porque, amigo,
aunque la casa es nueva,
cuando llueve, ya sabe usted que tengo
muchísimas goteras.
Vendrán las de Martínez Rechupete,
las de López Tachuela,
las de Retolondrón, dos magistrados
y el cónsul de Azuqueca.
Tomarán parte activa en la velada
aquel señor de Yecla
que imita con el vientre á la cotorra,
y al grillo y á la tenca.
Vamos á destrozár en esa noche
diez tortas de mi aldea,
que algo saben á enjundia de gallina;
pero es enjundia buena.
Tomaremos también en hondo plato
leche pura de almendras,
preparada por Paz, la comadrona,
que hace sopas soberbias.
Ahora bien, yo deseo que usted traiga
sus coplas más amenas,
y saque usted además para esa noche
cosas de la cabeza.
Con esto y con el baile que habrá luego
será hermosa la fiesta.
No me falte usted, pues, y mande siempre
á su amiga

Ruperta.»

II

(Del día 30).

«Mi estimada Ruperta: ¡Qué velada!
¡Su recuerdo me aterra!
¡No sé como el hablarme desde entonces
no le da á usted vergüenza!
Los tambores, rabeles y zambombas,
las chicharras molestas,
el chillón almirez y en desconcierto
latas y panderetas,
usted recuerda bien que me costaron
un sentido, Ruperta,
pues dos días ó más estuve sordo
á causa de la juerga.
Recuerdo que un guasón cambió mi capa
que *gacía* en la percha
por otra sin emboros, ni esclavina
y aun sin paño siquiera.
Todas ¡ay! para mí fueron desdichas
en la endiablada fiesta,
sin olvidar que usted, en el pasillo,
me pidió seis pesetas.
Lo que es el año entrante, amiga mía,
convide usted á su abuela,
pues prefiero pasar me yo solito
la alegre Nochebuena
cantando villancicos por la calle
con un tambor por fuera
y con una tajada de las gordas
en la región interna.
Entre tanto, devuélvame esos perros
y ordene lo que quiera
á su amigo afectísimo

Juan Pérez

Zúñiga y otras hierbas.



Figuras de la Historia.

Nació este celeberrimo hombre de Estado en París, en 1585. Dedicado á la carrera de las armas, llegó muy joven á obtener el grado de capitán en la guardia de Enrique IV; pero renunció la brillante posición que le ofrecía la milicia y tomó órdenes sagradas, siendo en 1607 elevado á la dignidad de obispo de Luçon. Indivíduo del Parlamento en 1614, supo captarse las simpatías de la corte y el afecto del omnipotente mariscal d'Aucre y de la regente María de Médicis.

La protección de la Reina le elevó al cargo de Consejero de la Corona, y muy pronto el sagacísimo Richelieu se hizo nombrar primer Ministro, y comenzó á poner en práctica las empresas que embargaron su pensamiento y agitaron su alma durante buen número de años; humillar á los Austrias, aniquilar la fuerza política del protestantismo y lograr pleito-homenaje de la nobleza, alborotadora y rebelde, como toda aristocracia que rodea los tronos del absolutismo.

Combatiendo con los protestantes, reconquistó la isla de Re y la Rochela, último refugio de aquéllos, y cuyo sitio excitó la admiración de Europa; y, al mismo tiempo, la emprendía contra el poder austriaco, arrancando á España la Valtelina, para ponerla bajo la dominación de Suiza;

asegurando el ducado de Mantua en favor de Nevers; uniéndose á Gustavo Adolfo en la guerra de treinta años y enviando ejércitos contra Alsacia, los Países Bajos, Italia y Cataluña, triunfando en todas partes y preparando así la supremacía de Francia, que aseguraron definitivamente los tratados de Westfalia (1648) y de los Pirineos (1659).

Estos famosos tratados, hechos después de la muerte de Richelieu, dieron la paz á Europa, aunque no fué muy duradera, y á Francia motivo para querer dominar al mundo.

Atribuyen algunos autores á Richelieu una vida de galanterías, que no está probada ni justificada en él. Todos los grandes hombres, en política singularmente, están rodeados de envidiosos, siempre dispuestos á la calumnia; y el cardenal, que tuvo constantemente enfrente de sí toda la nobleza de Francia, no había de verse libre de la pes-

tífera envidia. Esta y la calumnia son la mejor prueba que podemos aducir en pro de la grandeza de los hombres.

El cardenal de Richelieu fundó la Academia Francesa, y escribió algunas obras, pocas, pero malas, según el testimonio de Voltaire.

Fabián Conde.



El cardenal Richelieu.

LAS UVAS DE LA SUERTE

Para obtener la felicidad durante un año entero, es preciso comer doce uvas el 31 de Diciembre, al sonar la primera campanada de las doce de la noche.

Y ustedes no pueden figurarse las uvas que se han comido en Madrid el lunes pasado.

Por supuesto, hay que saberlas comer.

Algunas personas, poco inteligentes en amuletos, las comen de golpe, sin quitarles los granos ni colocarlas antes encima de la segunda muela de la izquierda, conforme se entra. Claro que haciéndolo así, sin orden ni método, las uvas no sirven para nada.

—No, señor—me decía un nigromántico de mi pueblo que ha venido aquí á gestionar lo de las trañías.—No todos saben comer uvas. Lo primero que hay que hacer es lavarlas; después se colocan en fila sobre una mesa; si la mesa tiene tapete de hule, mejor que mejor. Después se las va cogiendo una á una y sin quitarlas el rabito se comen todas á la vez inclinando la cabeza hacia la izquierda. Con esta sencilla operación se consigue un año de felicidades.

Otros dicen que las uvas deben ser comidas de pie, una tras otra, sin tomar respiración, y que antes de tragar la última es preciso dar una vuelta de wals, y después acostarse.

En esto de las uvas se ven cosas muy raras.

Un amigo mío muy supersticioso, que ha escrito una obra sobre los sueños y sobre la influencia del apio en la suerte de las personas, come las uvas sentado en una silla baja, con la cabeza tapada con una prenda de hilo y las piernas en cruz. Encima de las uvas bebe una disolución de caldo del puchero y extracto de regaliz. Cuando acaba de beber se echa de bruces sobre la cama para que el líquido baje con lentitud, y merced á esta operación, realizada con fe, mi amigo consigue mejorar de fortuna cada doce meses, hasta el punto de que ahora está de escribiente con Tejada de Valdosera.

Quedamos, pues, en que es preciso saber cómo se comen las uvas.

Pero, sobre todo, lo que conviene es que las uvas sean buenas, y que se coman en buena compañía.

Y después... después, para que hagan el efecto apetecido, lo mejor es echarse el alma á la espalda.

¿No lo creen así mis lectores?

Luis Taboada.

COSAS DE REYES

(Cuento infantil.)

Esperando los regalos que los biblicos monarcas, según antigua costumbre traen á las chicas guapas, dejó María sus únicos zapatos en la ventana, durmiéndose aquella noche con la risueña esperanza de recibir su presente de hermosas y ricas galas. ¡Qué noche pasó la pobre esperando que llegara entre brillantes celajes

la primera luz del alba, para arrojarle del lecho y volar á la ventana á ver el rico presente que su sueño imaginara!

Huyó la sombra á esconderse tras las enhiestas montañas; ocultó la blanca luna su luz purísima y cándida; surgió el sol por el Oriente entre celajes de grana... Y en aquel mismo momento,

cuando llena de esperanzas, pensando ver realizado todo cuanto ella soñara, fuese á buscar el presente de los biblicos monarcas, halló... ¡realidad funesta! que por su inmensa desgracia, no había allí ni juguetes, ni hermosas y ricas galas, ni aun siquiera los zapatos que ella dejó en la ventanal

Manuel Soriano.

CASTO PLASENCIA



Es tan conocido el nombre de este artista y tanto lo que de él se ha hablado, que forzosamente hemos de incurrir en repeticiones. No he de intentar hacer un estudio de sus obras, pues sería tarea superior á mis fuerzas. Plascencia, como todo el mundo sabe, es el artista moderno que mejor ha tratado los asuntos decorativos, género á que con preferencia se dedicó, y en el que consiguió grandes triunfos. Sus obras principales de este género han sido los techos del palacio de los Marqueses de Linares y los de San Francisco el Grande.

Tiene cuadros de importancia, como *La proclamación de la República Romana*, *La siesta*, *El mentidero* é infinidad de asuntos, generalmente asturianos, á los que Plascencia mostraba predilección.

Su pintura es personalísima, se distingue por la grandiosidad del dibujo y lo hermoso y fresco del color. Sus cuadros de caballete tienen la misma factura que sus obras de gran tamaño, cosa difícilísima, y que escaso número de pintores consigue.

Fué premiado en Roma, en unión de Pradilla, y consiguió innumerables recompensas.

José Pueyo.



LA ESFINGE

En todas las naciones del mundo, como un inmenso coro que se elevase de la tierra al cielo, resuenan las voces de los pensadores; hombres de ciencia, filósofos, literatos y poetas, despidiendo al siglo que acaba de morir y saludando al que comienza.

No es posible poner en duda, ante la evidencia de los hechos, los progresos realizados durante cien años en todos los ramos del saber humano; pero ese mismo trabajo sintético que el siglo xx le debe á su predecesor, lleva al corazón un sentimiento de amargo reproche, al reflexionar que han sido inútiles todos los esfuerzos para anular el dominio brutal de la fuerza.

Se dirige una interrogación ansiosa al siglo xx, y éste permanece mudo, inmutable y sereno como las esfinges que señalaban el camino de las pirámides egipcias. ¿Y cómo va á respondernos? Precisamente se compone de dos equis. La misteriosa letra de las ecuaciones algebraicas, la incógnita auxiliar de los cálculos más rudimentarios entra dos veces en su formación; parece que quiere desafiarnos á que despejemos con acierto una cualquiera de las muchas cuestiones que debe resolver; y entre las cuales no es la menos importante el dar treguas á esas luchas cruentas entre razas y pueblos, fanatizados por palabras que hasta carecen de sentido.

Pero esta ansiedad justificada de la humanidad debe contenerse en ciertos límites, pues de otra forma el desencanto será más doloroso y amargo.

No pidamos al siglo xx lo que no puede darnos: la profusión de los conocimientos científicos, conduce, en muchos casos, por la falta de método, á un orgullo infundado y desmedido.

Todavía se entra en la ciencia con la frente desarrugada y se sale de ella, sin vislumbrar el término, con el cabello blanco; creer que unos cuantos rudimentos á lo Fiammarion ó á lo Julio Verne, nos dan idea completa de la astronomía ó de la historia natural, es lo mismo que concebir la potencia lumínica del sol por los resplandores de una cerilla.

Por desgracia, mucha parte de la pseudo-ciencia, mal condimentada en libros, revistas y periódicos, ha creado una concepción errónea del universo, en los espíritus predisuestos á las generalizaciones.

Y de esta falsa concepción nace la creencia de que llegaremos á dominar el dolor, el dolor eterno como el tiempo, y de que seremos los reyes del Cosmos, cuando nos daríamos por muy satisfechos con ser los verdaderos reyes de la Tierra.

J. Pérez Guerrero.



LAS LLAVES DE LA PRENSA

Me dices, Juan, que cómo te las compondrás para dar publicidad á los partos de tu ingenio—incomparable en lo prolífico á una coneja—en algún periódico que tu me indicas y yo me callo.

¿Qué cómo te las compondrás..?

Tengo cierto deseo de servirte y he de demostrártelo, sobre to lo ahora, que no me cuesta ni un real siquiera.

Para que veas en letras de molde tus escritos en... *tal ó en... cual* lo mejor es que te amoldes á... el director del *tal ó el cual*.

No es preciso que tengas talento.

Sólo necesitas facultades para plegarte al gusto de los señores *tal ó cual*.

Siendo tan bolo como eres, dicho sea sin ofenderte, puedes publicar ó dejar de publicar en los referidos semanarios.

El caso es que des en el hito, es decir, en el corazón sensible y eminentemente cursi del Sr. *Tal ó del Sr. Cual*.

He de advertirte que yo no hablo en este asunto como hablo de otras cosas literarias, por experiencia propia.

¡Nunca, Juan, amigo!

Yo soy incapaz de intentar la suerte ni con *tal* ni con *cual*...

¡Antes me tonsuran!

Lo que sé respecto de estos asuntos, lo sé de oídas.

Jamás pensé en ir con embajadas á esos señores.

Aún hay condiciones... para buscárselas sin necesidad de esos.



Bougereau.—El amor y Psiquis.

var el convencimiento á tu ánimo es, según yo creo, citarte textos vivos voy á poner ante tu consideración ejemplos.

Verás:

Como lo mejor para lle-

Se de un conocido mío, más tonto que buho por el día, que queriendo ver su nombre en letras de molde en *tal* periódico al cual antes me referí, tuvo la comodidad, como se dice principalmente en la América latina, tuvo la comodidad, digo diciendo, de enviar á dicho semanario un cuentecito colorista, anodino, tirando á regional y... á Coria.

Pues en la aludida revista ilustrada corrió mala suerte.

El director, un caballero que hasta muy entrado en años no había tenido nada que ver con los hombres de letras, cogió el original, así se llama esto en la jerga del oficio, le echó la vista encima y dijo: «No me peta.»

¿Por qué?

Porque el hombre, que está metido hasta mucho más arriba de la coronilla en el convencionalismo reinante, encontró cosas que chocaban con la majadería también reinante.

¡Puff!

El hombre dijo ¡puff!—como ya queda consignado—y devolvió el original, que ni era original, ni chocaba contra las buenas costumbres, ni tenía otro delito—por el que no le condenaban—que ser parto de un buen hombre; pero soso, soso como la calabaza, soso como el señor ese que no quiere faltar á las conveniencias sociales.

Total: á mi conocido le hicieron un feo.

Al otro ejemplo: y termino, que esto se va dilatando.

Sé de otro conocido, tan tonto como el anterior, pero el hombre «conociendo sus clásicos» ó á los editores, mandó, hace días, un artículo que podía firmar el primero de los dos «casos» en que me ocupo; pero más conocedor de la materia, no se fué por esos andurriales de la imaginación libre: se sujetó al arte de los cosméticos, de las pomadas y de los polvos de arroz... y dió en la mitad del corazón sensible del editor.

Tuvo, y con excelente acuerdo, la buena idea de presentarse al señorón que iba á conquistar, muy pertrechado de ropa, muy perfumado, con una buena carta de recomendación, y el señorón, tras de aquel disfraz no conoció al tonto, porque él tampoco se conoce á sí mismo.

Ya sabes, pues, Juan amigo lo que debes hacer.

Allá tú.

Mis consejos son de los que no fallan.

Te podría citar varios ejemplos que están viniendo á los puntos de la pluma; pero por hoy callo porque esto se alarga más de lo convenido.

Dispón de tu amigo,

Tomás Carretero.

EN EL BAILE

Mascarita gentil, elegante
vistosa y simpática;
ven, y dime al oído esas cosas
que prueban tu gracia.
De tu boca escuchar quiero atento
aquellas palabras
que seducen, cautivan, aterran,
fascinan, embriagan...
—¿Me conoces?...—preguntas, fingiendo
sonrisas y calma,
entretanto que lanzan tus ojos
ardientes miradas,
que recuerdan instantes felices
y risas y lágrimas...
—¿Me conoces?...—¡Ay! sí, mascarita.
fortuna ó desgracia

me llevé junto á ti: ¿no recuerdas
las cosas pasadas?
De tus ojos los rayos se nublan.
tu boca se calla...
Ven aquí, ven aquí, no te marches,
sigamos la charla;
y después, a valsar un buen rato
y siga la farsa
y la broma, el bullicio y el juego...
.....
Atiéndeme y calla:
mucho tiempo hace ya, mascarita,
que estás en mi alma,
y eres tú quien produce mi pena,
mis risas, mis lágrimas...

Maximiliano G. Soriano.



J. Elsley.—¿No lo quieres?

VARIEDADES

EL VAMPIRO

Ya saben ustedes que los sabios han formado grupos de todos aquellos seres que poseen caracteres idénticos ó semejantes, y que han distinguido de las demás, por alguna diferencia, cada una de estas agrupaciones. Tenemos, pues, grupos que se llaman *clases*, *órdenes*, *géneros*, *familias*, etcétera.

Pues bien; el *vampiro*, ese temible animal americano, pertenece á la *clase* de los *mamíferos* (1) y al *orden* de los *murciélagos*, cuyo nombre científico es *Quirópteros*.

El vampiro es insectívoro; es decir, el alimento principal de este quiróptero se compone de insectos, y muy especialmente de mariposas nocturnas, mosquitos y escarabajos. Según el cálculo hecho por algunos naturalistas, necesita como alimento ordinario una docena de escarabajos ó un número de moscas y mosquitos que oscila entre 70 y 80. Pero el vampiro es muy aficionado á la sangre caliente, y aunque no siempre tiene ocasión de satisfacer su gusto, busca con verdadera ansia animales y niños dormidos, cuyo sueño aprovecha para saborear el delicado y sabrosísimo manjar, y en muchas ocasiones, dejar el cuerpo de la víctima casi en completo estado de pos-tración.

Algunos viajeros que han experimentado

los desagradables efectos de la picadura ó mordedura del vampiro, afirman que el animal clava sus afilados dientes con delicadeza y suavidad extraordinarias; tanto, que no interrumpe el sueño del atacado; aplica luego los labios á la herida y chupa con deleite la sangre; pero está en constante y tenaz vigilancia durante la terrible operación, que pudiera serle de resultados funestos.

Green otros autores, que no son los dientes los empleados por el vampiro para extraer la sangre de sus víctimas, sino la lengua, la cual, por un movimiento de *succión* (acto de chupar), y en virtud de las fuertes *pa-*

pilas de que dispone, produce una escoriación y la consiguiente hemorragia, que se aviva por la acción constante de la lengua.

Pero parece que son, en realidad, los dientes, los instrumentos empleados por el astuto murciélago; pues la mayor parte de los atacados por él no presentan escoriación, sino una picadura, cuyas dimensiones son, poco más ó menos, las de una cabeza de alfiler.

El vampiro es temible, sorprendido en su repugnante operación. Ilustres viajeros refieren interesantísimas aventuras y casos en que el vampiro ha hecho frente y puesto en cuidado al *rey de la creación*.—SILIO Itálico.



(1) Animales cuyas hembras están provistas de órganos con que amamantan á sus hijuelos.